

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 6 reales.
 Por tres id. 16 »
 Por seis id. 32 »
 Por un año. 60 »

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion ó por comisionado. . . 24 reales.
 Por seis id. 42 »
 Un año. 80 »
 ESTRANJERO, tres meses. 30 »
 ULTRAMAR, un año. 6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS.

LA MUERTE DE CÉSAR.

¿Ustedes vieron el fiasco de *La Vida de César*?
 ¿Y han visto Vds. ahora el fiasco de *La Muerte de César*?

Tal *Vida*, tal *Muerte*, dice el refran; y conocido el refran, ha sido imprudencia temeraria querer dar vida á *La Muerte* despues de muerta *La Vida*.

¡*La muerte de César!*

Pues señor, ya que la vida debe ser una continúa meditacion sobre la muerte... vamos á plagiar á *El Diario Español*.

Meditemos.

Supongamos que la tragedia *La Muerte de César* tuviera el mérito de la invencion, caracteres á lo Shakspeare, versos calderonianos, delicadeza quintesenisada de Racine y toda la travesura escénica de Gabriel Tellez. Ea.

Pero una vez metidos en gastos de suposicion, supongamos más.

Supongamos que se reunen los más eminentes actores del universo y la representan.

¿Gustaria *La Muerte de César*?

La ley de la lógica exigiria aquí una respuesta categórica, pero tenga paciencia la ley: estamos en peligro, y declaro suspensas en esta provincia de GIL BLAS todo género de garantías para el lector.

Prosigo, porque quiero, y pregunto:

—Señores de los palcos, ¿les conmueve á Vds. el relato de un paleta que encuentra cara la cebada, topa con un ama de huéspedes de mal génio, y habla pestes de la corte por esto y porque el mejor zapatero le ha estropeado los piés por medio de un elegantísimo par de botas?

Caballeros de las butacas, ¿les interesa á Vds. la señora Rita, cuando les repite por centésima vez que ella podria estar bien casada, á no haber sido por su madrastra que tenia *chatao* á su padre y la aborrecia á ella?

Señores poetas dramáticos, ¿les conmueve á Vds. el espectáculo de muchos millones de españoles victimas de todos los pronunciamientos, empobrecidos, arruinados, siempre heroicos, nunca ciudadanos?

—¡No! ¡no! ¡no!

Ya lo sabia. Déjenme hacer otra pregunta:

¡Oh tú, público! Tú, que ves pasear numerosas cuadrillas de incluseros de ambos sexos, enfermos de los ojos, escrofulosos, orejudos, deprimidos de frente y de estimacion, ¿has visto caer desmayado á alguien ante ese espectáculo?

Dilo con franqueza.

¿No? Yo tampoco.

¡Ah! Pero creo que hablábamos de *La Muerte de César*.

Yo conozco á una señora á quien le robaron un niño.

Esta señora tenia un corazon sensible y una trampa para coger pajarillos.

Cogió uno tiernecito. Al dia siguiente la pájara madre fué á la jaula del pequenuelo, y en el pico le traia

de comer. Aleteó furiosa, pió doliente... y aquella señora se echó á llorar: se acordó de su hijo y dió libertad al pajarillo prisionero.

Pues bien, esa señora... bostezaba viendo *La Muerte de César*.

En la representacion de un drama muy malo, muy malo, he visto dar un salto nervioso y palidecer á un hombre de negocios, oyendo á un tercer galan recitar estas sencillas palabras:

«¡La bancarrota! La bancarrota es la deshonra.»

Eso que ni es verso, ni castellano, ni trae manto de púrpura, ni es nuevo, *eso* llegará al alma de cien espectadores cada noche que se repita en un teatro.

¡Y *La Muerte de César* no!

Escribid un drama en mediana prosa; exagerad los personajes en el sentido que más os cuadre; haced intervenir en él como personajes secundarios un jornalero torpe y entusiasta, un soldado rudo y una mujer sencillota y buena; no le deis ni más ni ménos sabor de época que el que tiene la tragedia de Vega, y poned por título á ese drama *La Muerte de Luis XVI*.

Hacedlo, y vereis el público conmovido.

César y su tiempo, la tragedia y el sentimiento que la inspiró, no tienen que ver con nosotros para el objeto del arte.

El César, sus vicios, su ambicion, su época, la historia, en fin, y la humanidad nos tocan á todos; pero...

Oigan Vds.: los dientes que se nos caen á los siete años, ¿pueden sernos más propios? ¿No forman parte de nuestra persona misma? Pues á pesar de eso, á nadie se le da un bledo de aquellos dientes al cabo de otros siete años.

La *Fantina* de Víctor Hugo, aun no siendo un personaje muy conforme con la estética, nos interesa y conmueve; y César, relleno de los más patéticos endecasílabos, ni siquiera nos distrae.

Un patan irlandés padeciendo bajo el cetro de un soberano protestante, conmovirá, interesará, no solo á Aparisi y Guijarro, sino á todos los católicos fervientes; y, en cambio un romano demócrata, gimiendo bajo el poder temporal, me conmovirá á mí y á cuantos tenemos el honor de ser de la cáscara amarga.

Eso va en encarnadura.

Pero ¡*La Muerte de César!*

Caballeros y señoras: los intereses, la religion, la política, las instituciones sociales, todo cuanto se refiere á César en esa tragedia, ¿tiene algo que ver con ustedes?

¿No?

Pues han hecho lo que por fuerza habian de hacer no interesándose por la obra.

Porque se equivocó el discreto Ventura de la Vega, lo siento; pero por vosotros, ilustre canalla de mi patria, polilla de la púrpura, quincalla de la política, por vosotros, me alegro.

Juan Valjean, redimido, nos conmueve á nosotros, nos hace llorar y amar; César, asesinado por su propio hijo, no ha hecho nada á nadie,—ni siquiera pudo hacer sentir á su delicado autor.

¡Ah! ¿Querriais todavía un pueblo entretenible con griegos y romanos, eh? ¿Querriais un público que viera indiferente los fondos públicos á 27, y por la noche fuese á derramar llanto de ternura, porque allá en Roma dieron muerte á uno que queria ser emperador?

¡Oh!... no puede ser.

El que tiene obligaciones de ferro-carriles, ve matar á César... y no cobra.

El que tiene necesidad de imprenta libre, ve matar á César... y es denunciado.

El que tiene edad para entrar en quintas, ve matar á César... y es sorteado.

¡Ay! *El Café*, de Moratin, donde con duras entrañas se ridiculiza á un padre de familia honrado, porque escribe malas comedias, arrebató al público, porque trataba de sus intereses con relacion á las letras.

Y todo un César glorioso, vencedor, dueño del mundo, asesinado por su propio hijo... *no da entradas*.

Y como si no le hubieran muerto, no por eso andarían mejor las cosas, por eso el público ni lee *La Vida* ni llora *La Muerte de César*.

Roberto Robert.

ALGUNOS PARRAFOS

DE

LA LEY DE EMPLEADOS.

I.

Y dijo el tio Bernardo *fiat*, y Perico fué.

Perico era hijo del tio Bernardo y de la seña Ignacia;—una familia descendiente en línea recta de quien ustedes quieran, y honrada, como Vds. no se opongan.

El tio Bernardo era labrador; su hijo debia ser, en todo caso, jardinero; pero no eran tan mezquinos y limitados los deseos de su papá. El muchacho debia tener una carrera. Le hizo estudiar humanidades, y no sé por qué, Perico cobró una aficion al griego que rayaba en locura.

Perico creció, y creció, y creció, y llegó á tener muy cerca de cuatro piés. Ganó por oposicion una catedreja de griego.

Cumplió veinticuatro años, y me le enviaron á Madrid hecho una *personita*.

II.

DEL INGRESO.

A donde fueres haz lo que vieres. Perico llegó á la corte dispuesto á ser el rey de los griegos españoles; pero observó que todos los hombres eran empleados, y dijo para sí: «Cuando en una nacion tan culta todo el mundo se dedica á este oficio, bueno será ello.»

Y cátele Vd. lleno de comezon de empleo.

Pues señor, nuestro hombre principió á poner en juego sus influencias morales, y un dia se encontró frente á frente de un ministro.

—¿Qué quiere Vd. ser, joven?
 —¡Jé! ¡jé! ¡Empleado!
 —Bien hecho. ¿Empleado en qué?
 —¡Jé! ¡jé! Empleado en un buen sueldo.
 —¿Y Vd. sabe lo que se necesita hoy para ser empleado?
 —¡Jé! ¡jé! ¡No sé nada de eso!
 —¿Es Vd. licenciado?
 —¡Jé! ¡jé! No señor.
 —¿Es Vd. doctor?
 —¡Jé! ¡jé! Tampoco.
 —¿Es Vd. bachiller?
 —Menos.
 —¿Es Vd. ingeniero?
 —No, pero tengo ingenio.
 —¿Es Vd. diplomático?
 —¡Quíá!
 —¿Es Vd. notario?
 —¡Que no!
 —¡Qué lástima, hombre, qué lástima! Pero en fin, ¿tendrá Vd. veintidos años y buena conducta?
 —¡Eso siempre!
 —¿Y se atreverá Vd. á que lo examinemos?
 —Me parece que sí.
 —En ese caso, doy á Vd. mi enhorabuena. Escriba usted á papá que le haga el uniforme.
 Y Perico se fué tan satisfecho esperando el día siguiente para presentarse á exámen.

III.

EL EXÁMEN.

Tres profesores.—Tres bancos.—Perico.

Un profesor (á Perico).—¿Cuántos Dioses hay?
 Perico.—Los que Vd. quiera.
 Profesor.—¿Qué está Vd. diciendo, hombre?
 Perico.—Perdone Vd., señor; he dicho eso, porque me han avisado que cuando uno es empleado debe siempre dejar las cosas á gusto y libre eleccion de su jefe.
 Profesor.—¿Y me deja Vd. á Dios, hombre?
 Perico.—Como dice mi padre que ni Cristo puede con Vds.
 Otro profesor.—¿Qué es contribucion?
 Perico.—Una cosa que se paga.
 Otro profesor.—Esplíquese Vd. más claro.
 Perico.—Es el dinero que las damas á Vds. cada tres meses para que compren dulces.
 Otro profesor.—Vamos con otra pregunta. ¿Cuál es la mejor cualidad del empleado?
 Perico.—Tener suficiente talento para comprarse pronto un coche.
 Los tres.—¡Aprobado! ¡Aprobado! ¡Qué jóven tan notable!
 Perico.—¡Muchas gracias, señores! (¡Ya tengo carrera!)

IV.

DE LOS ASCENSOS.

Perico era más tuno que hermoso, y por aquello de que hecha la ley, hecha la trampa, se fué colando poquito á poco en las oficinas del Estado y saltó por encima de dos capítulos de la ley. Pero ¡bah! de ménos nos hizo O'Donnell, y el que sea tonto que con su pan se lo coma.
 Pero hé aquí que un día le dijo una actriz amiga suya:
 —Perico, ¿no has sido nunca gobernador? ¡Parece mentira!
 Aquella frase hizo su efecto. Perico reflexionó en que cualquier energúmeno sensible ha sido gobernador en España y se fué á ver al ministro.
 —Señor, le dijo; yo, con perdon de V. E., quisiera ser gobernador de provincia.
 —¡Ah picarillo!
 —Sí señor, sí.
 —Vamos á ver cómo está la ley en este punto. Y el ministro comenzó á preguntar.
 —¿Ha sido Vd. senador?
 —¡Jé! ¡jé! No señor, no he tenido tiempo.
 —¿Tiene Vd. la aptitud necesaria para ser senador?
 —¡Jé! ¡jé! Eso, el gobierno lo sabrá.
 —¿Es Vd. mariscal de campo?
 —¡Nunca!
 —¿Ha sido Vd. alcalde?
 —De barrio.
 —¿Ha sido Vd. magistrado?
 —¿Para qué?
 —¿Y capitan de navío?
 —¡Jé! ¡jé! No señor, no creí que para ser gobernador tuviera uno que haber sido marinero!
 —Pues amigo mio, no puedo servirle.
 Perico murmuró:
 —¡Caramba, caramba!

De pronto el ministro exclama dando un alarido de gozo:

—¡Ya veo el medio, ya veo el medio! ¡Me habia pasado por alto un renglon! ¡Vd. ha sido catedrático de griego!
 —¡Jé! ¡jé! Sí, sí.
 —Sea enhorabuena, amigo mio; mañana tendrá Vd. el nombramiento.
 —Pues señor, muchas gracias.

Y hoy Perico está enseñando á hablar en griego á diez mil habitantes, y redactando órdenes y bandos en griego, para mayor claridad.

Eusebio Blasco.

GOZOS.

Han llegado á nuestras manos, impresos en un periódico chileno, y con pretensiones de burlarse de España, unos renglones á los que su autor tiene la audacia de creer versos, y la desvergüenza de titular *Gozos*. Para que nuestros lectores vean qué clase de gozos son estos, allá va la primera estrofa:

«Salve ¡oh tú, invencible escuadra!
 de esta mi España moderna,
 de tí una memoria eterna
 todo el orbe guardará;
 y el inglés te envidiará
 viendo tu poder que es tanto.
 ¡Andaluces y gallegos
 dicen: Santo, santo, santol!»

GIL BLAS se propone hoy echar un rato á perros, como se dice vulgarmente, y va á parafrasear los tales *Gozos*, si quiera en recompensa de lo que le han hecho gozar:

Salve ¡oh tú, sublime bardo!
 para quien la fama guarda,
 por pedestal una albarda,
 y por laureles un cardo.
 De desatinos el fardo
 soltastes en un minuto,
 y para darte el tributo
 que España ofrece á los legos,
 andaluces y gallegos
 dicen: ¡Bruto, bruto, bruto!

Ofender á esta nacion,
 que acaso fué madre tuya,
 con tus versos de aleluya
 pretendiste sin razon.
 Mas no ayudó á tu intencion
 tu ingenio de gracia enjuto,
 y por eso al ver el fruto
 de tus literarios juegos,
 andaluces y gallegos
 dicen: ¡Bruto, bruto, bruto!

No tengo aversion á Chile
 ni odio me inspira el Perú,
 pero á vates como tú
 es fuerza se les esquite.
 Así, pues, no más cavile
 tu númen irresoluto,
 que con trompeta y canuto
 al ver tus marciales juegos,
 andaluces y gallegos
 dicen: ¡Bruto, bruto, bruto!

Deja el alarde bizarro
 con que invocas la venganza,
 que tú necesitas lanza,
 pero es la lanza de un carro.
 No así nos llenes de barro
 con tu lenguaje absoluto,
 ó el grande y el diminuto
 dirán entre ardientes ruegos
 lo que dicen los gallegos:
 ¡Bruto, bruto, bruto, bruto!!

M. del Palacio.

POR EL CORREO INTERIOR.

Sr. Gil Blas:

Veo que es imposible sacar hoy á la mesa pública un platito de ruedecillas de salchichon, sin que una mano oculta no escamotee alguna que otra de las mejores rajillas.

Y si esto sucede con una clase de embutido vulgar, que es el que hoy tenemos que dar á las gentes, ¿qué acontecería con otro que fuera tan fino como el de Vich ó Génova?

Yo me entiendo, Vd. me entiende, los cajistas me entienden, y Dios quiera que me entiendan nuestros lectores; mas no permita la Virgen que me compren-

da el que Vd. sabe... porque si no tendremos raya, y raya de color de cielo.

Y francamente, amigo GIL BLAS, no me sabe bien figurar como personaje en la Revista de muertos, ni ménos que mi cadáver envuelto en el sudario se aparezca en pleno Congreso al inocente y bendito Posada Herrera, para dar tortura á su alma liberal y generosa, y á su corazon consecuente y siempre anheloso de hacer el bien y la dicha de la imprenta periódica.

¡Qué tiempos, señor GIL BLAS! Qué tiempos hemos alcanzado, los que tenemos la dicha de, si no llevar un ochavo en el bolsillo, guardar á lo ménos en él un baul de *Yurrita* con ciento cincuenta ó doscientas luces, ¡para alumbrar la oscuridad!

Y no es solo este progreso el que nos tiene llenos de gozo, hay otro que nos hace saltar de alegría y que debemos á los inteligentes unionistas.

Hoy que ellos hacen *papel*, se han empeñado en que todos hagan *papeles*, y viendo que la moneda era una cosa pesada, la han convertido en *papel* y han hecho *papelistas* á los habitantes de Madrid, que con el *papel* que tienen podrian ahogar al Banco de España, y al mismo gobierno, si tanto el uno como el otro no cerraran sus bocas de cancerbero.

Estamos, pues, en una verdadera isla de Jauja, donde comemos, bebemos y vestimos de balde con solo llevar un papel en la mano.

Y á consecuencia de tan feliz estado, tendremos fiestas y mojigangas y hasta cucañas.

Sí, señor GIL BLAS; despues de la mascarada de que hablé á Vd. el otro día, se representará una comedia casera que se está componiendo en estos instantes, y donde todos los personajes son primeros galanes, hasta el de los tramoyistas, consuetas y traspuntes.

Aunque estos últimos se quedarán bajo la concha, entre bastidores y en los telares, por si hubiera necesidad de variar de escena ó decoracion, dado el supuesto que el público silbase la farsa.

Ya, ya verá Vd. qué sainete; ni los que representaban aquellos cómicos de la legua, tan conocidos de usted y míos.

Este sainete es una obra *sui generis*, de autor anónimo, pero de gran trascendencia para las costumbres políticas.

Se romedan con gran propiedad ministerios y parlamentos, y se grita y se vocea á guisa de oradores, y se votan y aprueban proyectos inauditos, y hay crisis de galanes que bajan y de galanes que suben al capricho del consueta y del traspunte, ó varía la decoracion estando los mismos personajes en escena, y un gabinete de ministro se convierte en uno particular, y cae el telon en seguida entre las risas de los espectadores.

Pero, vamos á cuentas, Sr. GIL BLAS, que estoy descubriéndole un secreto, y es muy posible que algun autorcillo trate de apropiárselo para componer un drama de grande espectáculo.

Pues hoy lo que hacen falta son argumentos, y argumentos de buenas situaciones, porque han sido malisimas las que hemos atravesado, la que estamos atravesando, y las que aun nos quedan por atravesar.

La presente es fatalísima, resbaladiza y tan embarullada, que parece un nudo gordiano.

Por eso no falta quien cansado de ella quiera romper las anillas; de modo que, y permítame Vd. el símil, es muy parecida á la que ocupa el ministerio, al que el general O'Donnell parece haber comunicado su ataque de gota.

Y por eso la crisis continúa, y continuará hasta que convirtiéndose en humor la poquísima sangre que le queda, venga una reaccion más franca, y se le suba al pecho y le ahogue.

Los médicos de cabecera opinan que la enfermedad es mortal de necesidad; pero el paciente no quiere morir, y recurre á toda clase de remedios facultativos y caseros.

Esto es un dolor, y lo peor de todo es, que el poco dinero que habia se ha consumido en medicamentos y drogas inútiles.

Y tal vez esa sea la causa de haber anunciado su retirada el cajero de la casa.

En una palabra, Sr. GIL BLAS, yo le diría á Vd. un secreto, si aquel que Vd. sabe no estuviere tan cerca de nosotros.

Como Vd. pudiera irse arrimando poco á poco, le diría al oído la verdad pura, sin antibologias ni similes; le diría... pero imposible, ese hombre nos escucha y descubriría el misterio allá... allá donde Vd. no ignora, y nos pegarian taponazo.

Además, no está el tiempo para andarse en chanzas, que hoy las bromas todas son pesadas, y sufrirá un poco quien menos lo piense.

Conque, abur, Sr. GIL BLAS, mucho ojo, y sabe que le quiere siempre su amigo

FABRICIO.



— ¿A qué venís, pansonos?
 — A que interese Vd. en favor nuestro á las repúblicas americanas para hacer la guerra á los españoles.
 — ¡Ingratos! Si no fuera por ellos todavía andaríais con tapa-rabo.

LOS IMPERTINENTES.

Así se llama un libro que va á publicar Eduardo Saco; libro que todos los periódicos han anunciado, y que yo anuncio á mi vez, y recomiendo al respetable é incomprendible público.

En *Los Impertinentes* de Saco falta algo.

Y ese algo se los puedo dar yo, y pueden resultar de mi ofrecimiento escenas como estas:

En mi casa.

— ¿Está el señorito?
 — Pase usted.
 (Se presenta un señor hecho una miseria.)
 Él.—Caballero....!
 Yo.—¡Hola! (Á los que tienen aspecto de pedir hay que tratarlos con cierta franqueza.)
 Él.—Deseaba....
 Yo.—¿Quién es usted?
 Él.—Un caballero, casi el amo de Madrid.
 Yo.—¿El amo de Madrid?
 Él.—Sí, señor: las circunstancias me han obligado á ello.
 Yo.—¡Pero, hombre!
 Él.—¿Me permite Vd. entrar?
 Yo.—¿Dónde?
 Él.—En su estómago de usted.

Yo.—¡Cáscaras!

Él.—No; ni aun cáscaras permito. ¡Soy el hambre!
 Yo.—Vive Dios, que si no sospechara que viene Vd. de parte del gobierno, me lo comía á Vd. por un lado. Espere usted un poco. (Me pongo á escribir.)

«Amigo Saco: el hambre es una impertinente. ¿Te conviene?»

Saco, á mí:

«No la conozco; pero sé que me trae una visita de las sociedades de ferro-carriles. La pondré en lista.»

En la calle.

—Caballero, una limosna por Dios, que han matado á mi padre.

—¡Demonio! ¿Y quién le ha matado?

—La contribucion.

—Pero... ¿le fusiló?

—No, señor; le mató á disgustos.

Entro en un café y escribo:

«Amigo Saco: la contribucion es una impertinencia. ¿Te conviene?»

Saco, á mí:

«No la conozco; pero la detesto. La pondré en la fé de erratas.»

Como se ve, no ha de faltarle á Saco materia sobrada para sus impertinentes.

Ensenio Blasco.

CABOS SUELTOS.

El Sr. D. Inocente Ortiz y Casado, editor de *La Iberia*, ha sido condenado á presidio, por tantos años como los que hace que el Sr. Posada Herrera cambió por primera vez el criterio de la libertad.

¡Conque ya pueden Vds. echar años!

Se habla del general Córdova, ministro que fué con Narvaez, y hoy resellado con la Union, para la capitania general de Filipinas.

Por esto decia GIL BLAS el otro dia:

Dos Córdovas en dos siglos célebres se han hecho ya:
 —uno conquistando, y otro dejándose conquistar.

Dice el Sr. Posada Herrera que la prensa goza de poco crédito en el país.

En mi concepto, de menos crédito goza el Sr. Posada Herrera, y es ministro.

Dos santos últimamente
han hecho ruido en Madrid:
San Juan con una comedia;
con un discurso San Luis.

**

Gran solemnidad en Méjico.

Se ha inaugurado el *Teatro Nacional* con la representación de *Don Juan Tenorio*, dirigido por su autor el Sr. Zorrilla.

Concluida la representación, salió á la escena el Sr. Zorrilla, y dirigiéndose á la emperatriz, leyó una magnífica composición, de la que entresacamos la siguiente

TROVA.

Yo tengo en el arpa que guía mi canto
el lánguido encanto del ruido del mar,
las íntimas notas que arrancan el llanto,
las que hacen á un tiempo sentir y gozar.
Yo soy el poeta cuyo estro se inspira!
del Dios de los mundos lanzándose en pos;
yo soy el poeta de fé, que respira
el áura que viene del soplo de Dios.
Yo soy el poeta que sabe el camino
del cielo en que radia la faz del Señor;
yo leo en las hojas de un libro divino
la letra viviente del Dios Creador.
Yo sé cómo un día prendió en los espacios
cual toldo flotante de ingrátido tul,
en lazos y broches de sueltos topacios,
aliento del mundo, la atmósfera azul.
Yo veo la estela que en pos de sí deja
la tierra á quien guía su fuerza interior;
yo sé por qué es dulce la miel de la abeja;
yo sé por qué vuela tan alto el condor.
Yo sé cómo el viento se lleva la nave;
yo sé cómo al cielo la luz da calor;
yo sé por qué silban el viento y el ave;
yo sé por qué mece la brisa á la flor:
yo sé lo que el hombre sin fé nunca sabe;
yo soy el que tiene del alma la llave;
yo soy el que sabe quién es el amor.

Si GIL BLAS hubiera estado en lugar del Sr. Zorrilla, el sentido de la trova dirigida á la emperatriz espresaría las siguientes ideas, si no tan poéticas, al menos más verdaderas:

Yo tengo en el arpa que guía mi canto
el hambre de un pueblo sin capa ni hogar,
suspiros de viudas, de huérfanos llanto
que en torno á esta fiesta sentimos zumbar.
Yo soy el poeta que Méjico inspira,
de antigua bandera lanzándome en pos;
yo soy el poeta que libre respira
la idea que al hombre descende de Dios.
Yo soy el poeta que sabe el camino
por donde vinisteis en noche de horror,
y leo en un libro que vuestro destino
no está muy seguro,—y lo siento por vos.
Yo sé cómo un día las tropas francesas
sembrando la muerte llegaron aquí,
y ahogando del pueblo las nobles empresas,
dijeron: «Sé esclavo, pues yo te vencí.»
Yo veo la sangre que en pos de sí deja
el trono que funda la voz del cañon;
yo sé quién se chupa la miel de la abeja,
yo sé quién se come, señora, el turrón.
Yo sé cómo vino á estas playas la nave;
yo sé cómo á Juárez alienta el valor;
yo sé por qué silban el pueblo y el ave;
yo sé por qué Almonte nos trajo un Señor;
yo sé que en marchando la Francia esto es grave;
yo soy el que pone á la bolsa la llave;
yo sé que muy pronto se acaba este amor.

**

Un diario ministerial se alegra de que en el proyecto de ley sobre empleados no se reserve nada á los periodistas, y encuentra digno de elogio todo lo que tienda á impedir que la prensa sea el único título para escalar altas posiciones.

¡Qué bien sienta esto, despues de estar colocados en altas posiciones todos los periodistas de la Union!
¡Hijos de mi alma, y cómo se cuidan!

**

Teatro de *La Union*.—Funcion extraordinaria á beneficio del criterio de la libertad.

Para este día se prepara la comedia en varios actos (de servicio), titulada *El Sitio de Madrid*.

GIL BLAS se encargará de hacer la revista de esta funcion, ocupándose con especialidad del protagonista.

**

Los españoles gastamos aun los zapatos herrados, segun dice el Sr. Posada Herrera.

La imágen es propia de un partido de herradura.

Anuncio.

Desde el ministerio de la Gobernacion hasta el palacio del Congreso se ha perdido una herradura de treinta y dos clavos.

Se suplica á la persona que la haya encontrado se sirva entregarla en dicho ministerio de la Gobernacion, y se le dará lo que más le convenga.

**

Posada, versos te haré;
mas... por Dios, no me des pié.

Mal al país has juzgado;
yo creo que vas errado.

Decir eso, en pura plata,
es como meter la pata.

Tú darás por mentecato
con la horma de tu zapato.

Cuando nombres funcionarios
piensa en los veterinarios.

Si el país se encuentra mal,
envíale un mariscal.

¡Qué gobiernos tan feroces!
¡Esto es gobernar á coces!

Tú llevas á tus vasallos
por los piés de los caballos.

Brabo (1), honor de esta república,
concluyó en la plaza pública.

Y en fin, si la cosa apura,
todos por tu causa, al cabo
daremos uno en el clavo,
pero ciento en la herradura.

**

Ha salido de la córte, á cumplir su condena de destierro, nuestro amigo el director de *El Pueblo*, Sr. García Ruiz.

El crimen por que se le castiga es el de haber calumniado á los generales Narvaez y Concha.

**

El proyecto de orden público del Sr. Casaval ha sido desechado.

Está visto que el gobierno no quiere más orden que el que mantiene, ó por mejor decir, el de que se mantiene.

**

Un periódico indica que la mayoría del Congreso es enemiga de la prensa,

¡Claro! ¡Como la mayoría de los peces es enemiga del pescador!

**

Segun nos ha dicho el Sr. Posada Herrera, el estado de sitio no puede definirse.

No sabia yo que el estado de sitio y Posada Herrera fueran sinónimos.

**

Por más que lo nieguen los periódicos ministeriales, es lo cierto que el general O'Donnell insiste en retirarse á la vida privada.

Parece que una de las principales causas de esta determinacion, es el haberse convencido de que efectivamente es necesario hacer economías.

**

Ya ha salido á luz en Paris la nueva obra de Víctor Hugo titulada *Les Travailleurs de la Mer*.

Algunos diarios españoles publican la dedicatoria y el prefacio de esta obra,—que son cortos, pero buenos.

Por mi parte, sé que la edicion española no está á cargo de los hermanos Manini, con lo cual está dicho que no

(1) Don Luis Gonzalez.

ostentarán sus páginas esas portadas de pimenton que tanto seducen á los incautos.

La obra de Víctor Hugo será publicada con lujo y con decoro artístico por el Sr. Gaspar, fundador y director de *El Museo Universal*, el cual ha adquirido por una gruesa suma el derecho de traducción en España.

Hablaremos de ella cuando se publique.

**

En el Congreso.

El Sr. Casaval.—Señores diputados, cuando oí hablar al Sr. Posada Herrera, al siguiente día de la sublevacion militar, creí que iba S. E. por el verdadero camino de la legalidad parlamentaria. Fué una ilusion mia, porque no ha sucedido así.

El Sr. Posada.—¡Ay qué niño! ¿Quién le manda á su señoría ser iluso?

El Sr. Casaval.—Cierto; nadie puede hacerse ilusiones con el Sr. Posada Herrera.

**

El administrador de loterías de Valencia se ha fugado con el dinero del gobierno.

Se llama D. José Leso.

Señas particulares:

Échale un galgo.

**

La Bolsa continúa bajando.

Señal de que no cae el gobierno.

**

El Eco de las Provincias.

Este es un nuevo diario

que saldrá á luz en abril...

—¿Quién será el caballo blanco?

**

Dice *La Correspondencia* en un anuncio:

«Huéspedes con principio y chocolate á 8 rs. Postigo de San Martín, núm. 46, principal.»

Francamente, yo conocia huéspedes con empleo, con mujer, con buen genio, y hasta huéspedes con hijos.

¡Pero huéspedes con principio y chocolate!

No conozco otros que los que trae al Congreso la influencia moral.

Gilblasiana.

Si despues que el estado se levante
se arma por Valdemoro algun motin,
¿volverán á salir los veteranos?

—Me parece que sí.

Y si al cabo de tantas esperanzas,
no salimos de aquesta situacion,
¿nos podremos fiar y hablar más alto?

—¡Me parece que no!

GALERÍA DE CONTEMPORÁNEOS.

Número 28.

Un trueno me parece por la voz,
un tigre me parece por la faz,
y, perpétuo enemigo de la paz,
hasta pidiendo gracia es hombre atroz.

Yo le he visto en las Córtes muy feroz;
gobernando despues, poco eficaz;
y en todas partes le juzgué capaz
de una sentencia magna,—ó de una coz.

Para todo gobierno es un buen pez,
pues á ninguno humilla la cerviz,
aunque engorda con todos á la vez.

De maton andaluz tiene el cariz,
escupe las palabras sin doblez,
¡y es un Caton... pintado en un tapiz!

EDITOR RESPONSABLE, D. SANTOS SALMERON.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 42.